

REPERTORIO AMERICANO

San José, Costa Rica

1926

Sábado 3 de Julio Diciembre

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

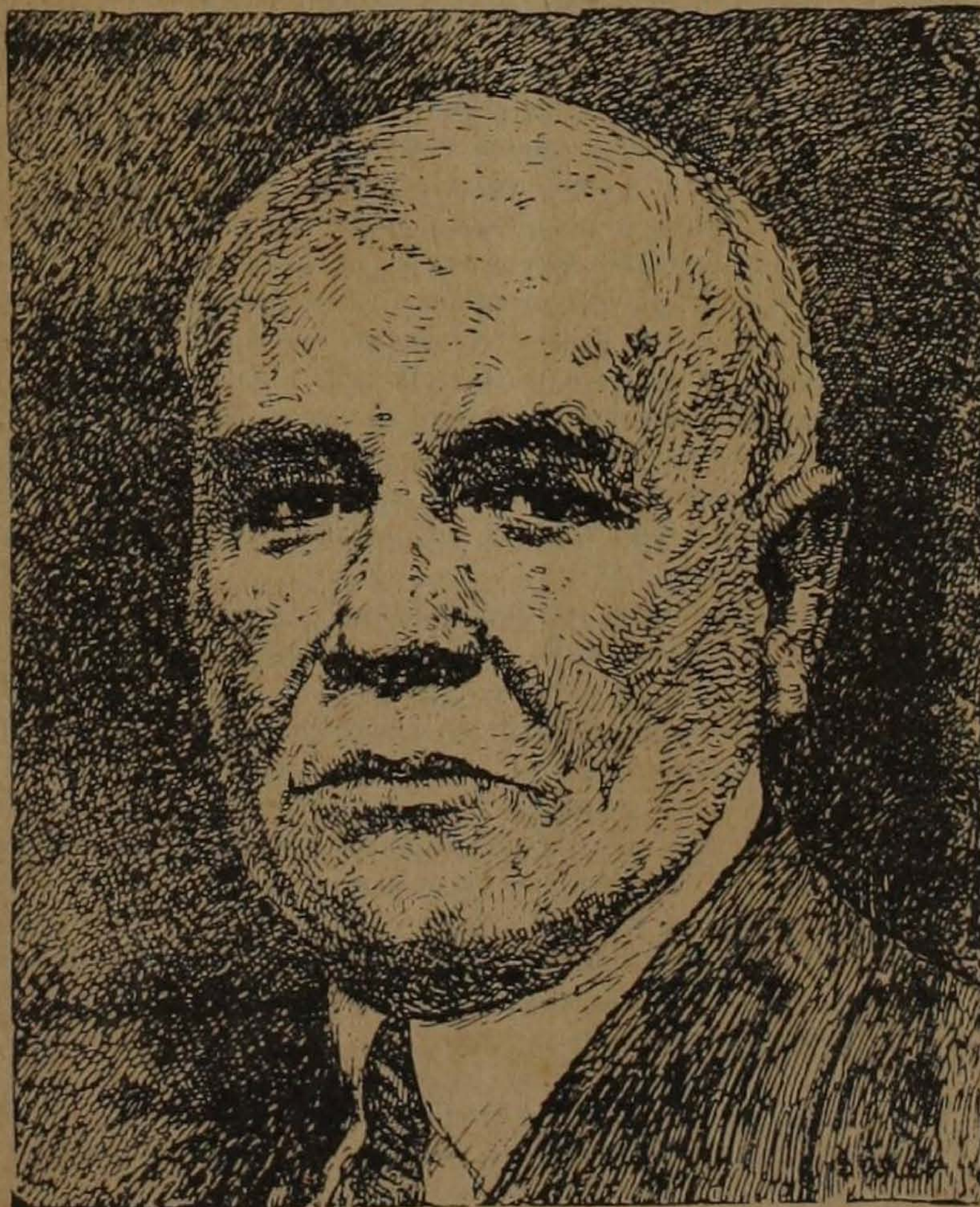


SUMARIO: *Un filósofo de la risa*, por Luis Araquistain.—*El maestro de los territorios*, por Horacio Quiroga.—*La situación política de Venezuela y el Congreso de Panamá*, por Luciano Mendible.—*La película enemiga*, por Gabriela Mistral.—*María*, por Rubén Coto y Corina de Cornick.—*Un escultor de España y un pensador de América*, por R. Blanco-Fombona.—*El monumento a Hostos*, por Luis de Zuluaga.—*Un libro de Sanín Cano*, por Pedro Henríquez Ureña.—*Nicaragua*, por Manuel Zúñiga Pallais.—*Bibliografía titular*.—*Un libro de José Gabriel Navarro*, por E. Rodríguez Mendoza.

Ha sido un acierto de la benemérita Editorial Babel, de Buenos Aires, reeditar en volumen, con el título de *La civilización manual*, algunos de los ensayos de don Baldomero Sanín Cano. No se crea que el nombre de esa editorial alude a la bíblica confusión de lenguas ni a la que, según algunos puristas castellanos está sufriendo la nuestra en algunos países de América, señaladamente en la Argentina. En esta República y en otras hispanoamericanas se habla, sin duda, muchos idiomas, que los emigrantes, como es natural, no pueden dejar arrinconados en los buques que los conducen. Esos idiomas son como ríos que afluyen al gran caudal del español. Primero revuelven sus aguas, la enturbian; pero poco a poco la corriente se clarifica, y hoy el castellano de algunos escritores de América no cede en corrección al de los mejores de la Península, y a veces le supera en riqueza del léxico y en flexibilidad de la estructura. Basta hojear los volúmenes publicados por esta Editorial Babel, que es una anagrama de Biblioteca Argentina de Buenas Ediciones Literarias. Basta, sobre todo, leer *La civilización manual*, del gran ensayista que es Sanín Cano.

Caso extraordinario el de este escritor de Colombia. Hace casi cuarenta años que este vigía de la cultura divulgaba en su país los grandes valores literarios y filosóficos de la época, a la sazón desconocidos o poco considerados en la mayor parte de los pueblos europeos, y no se diga del resto del mundo. Era una especie de profesor sin cátedra de humanidades modernas, que en Bogotá traducía y comentaba de viva voz para un grupo de poetas, prosistas y curiosos del arte y el pensamiento a Brandes del danés a Nietzsche del alemán y a

Un filósofo de la risa



B. Sanín Cano

Por DELUCCHI

otros ingenios contemporáneos de sus lenguas respectivas. Contribuyó a formar el gusto y la mentalidad de hombres como José Asunción Silva y Guillermo Valencia, y a hacer de Colombia uno de los focos culturales más ricos e influyentes de la América hispánica. Pero el comercio precoz con los grandes maestros de Europa, en vez de envanecerle y lanzarle al abuso doctoral y pedantesco de las prensas, acentuó los rasgos de su carácter retraído y de su agudo espíritu autocrítico, y a una edad en que muchos escritores han concluido su

obra o la prosiguen en una pendiente de franca decadencia, él, bien doblada la cuarentena, se vino a Europa, con su curiosidad insaciable y ese candor de eterno estudiante que sólo alcanzan los sabios auténticos.

El periodismo ha sido la tentación y el terror de Sanín Cano. La tentación, porque el artículo, como tipo de ensayo o género intermedio entre la impresión improvisada y el tratado prolijo y plúmbeo, correspondía como ninguna otra forma literaria a su mente proteica, inquieta y objetiva. Y el terror, porque el periodismo es como un monstruo que pide más cuanto más se le da y acaba devorando a sus propios servidores. Metido desde hace años en los engranajes de la prensa, Sanín Cano ha podido escribir sin la fiebre del día o de la hora, equidistante de la labor anónima y de la sobreproducción firmada, ordenando sus ideas y puliendo su forma ejemplar sin ser triturado por las máquinas de imprimir. A la mayor parte de los periodistas la profesión los vence y aniquila; él la ha domado, y así su personalidad, en vez de desvanecerse o diluirse en tinta de imprenta, se ha erguido y afianzado duraderamente con el tiempo. La prueba es esta *Civilización manual*, cuyos ensayos, recogidos

ahora en el arca más segura del libro, conservan, acrecentada, la frescura del día en que aparecieron en las efímeras y vertiginosas hojas periodísticas.

La ironía y el humor son las notas de estos ensayos, dos notas de madurez espiritual, nuevas en la literatura hispanoamericana. Hace poco el chileno Armando Donoso señalaba la aparición del humorista argentino Arturo Cancela como un signo de maduramiento literario en América. Sanín Cano es otro ejemplo y no menos típico.

En él la ironía empieza, como quieren algunos estéticos alemanes, por sí mismo. El prólogo del volumen de sus ensayos, que dice publicar «para preservarlos de las continuas modificaciones que iban sufriendo en el paso de unas columnas a otras y de estos países a los de más allá», en reproducciones constantes de los periódicos, y la alusión «al valor temerario de los editores» de un libro que no tiene «carácter didáctico ni profético, hoy que la pedagogía, la inspiración y el éxtasis hacen de las suyas con tanta diligencia como exactitud», es la clave irónica de la vena del autor.

La otra clave es el humorismo, la risa piadosa y, por así decirlo, superhumanizada. «Los progresos del espíritu humano—escribe Sanín Cano—, sea dicho con la venia de Condorcet, están graduados por tres grandes sucesos: el día en que el hombre libertó sus manos y aprendió a andar en dos pies; el día en que, en presencia de un contraste inesperado, sintió que se le contraían los músculos de risa, y el año o el siglo en que Cervantes o Shakespeare, casi a un mismo tiempo, formularon su concepto irónico y bondadoso de la vida y descubrieron ese nuevo modo de observar al hombre y a la Naturaleza, que ha pasado a la historia de las literaturas con el nombre del sentido del humor... Es muy fácil ser serio: lo es la roca inmóvil y el académico hirsuto. No ríe el asno, no sabe el salvaje qué cosa es la sonrisa. Para sonreír como Renán la humanidad ha tenido que sutilizar y embellecer el concepto de la existencia a través de siglos de amargura y de observación desinteresada de las cosas. En la risa de Nietzsche florece la sabiduría de innumerables generaciones; en la carcajada histérica de Heine resuena comprimido el dolor de los vates que colgaron sus arpas de los llorosos sauces en tiempo de la Caldea imperialista y seudocientífica».

En esas palabras está toda la filosofía del arte y de la vida de Sanín Cano. Filosofía de madurez y al propio tiempo de perenne juventud, por el milagro eterno de la risa y la sonrisa. El niño que no sabe nada y el hombre que lo sabe todo—que es el saber que no se sabe nada y que todo es humorística vanidad de vanidades—cierran el ciclo de la sabiduría, que es el reír. La risa es el supremo antídoto de la estupidez y la muerte. Esta es la gran lección de los hombres que no envejecen, como Sanín Cano; la gran lección aprendida de los jóvenes eternos, como Cervantes y Shakespeare, perpetuos futuristas e inagotables ultraístas.

LUIS ARAQUISTAIN

(*La Voz*, Madrid).

Valoraciones

Revista de humanidades, crítica y polémica

Organo del Grupo de Estudiantes «Renovación»

Calle 60 N° 682

La Plata, Rep. Argentina



¿Qué hora es?...

—Sección destinada a los encargados de la enseñanza pública en escuelas y colegios—.

El maestro de los territorios

CUANDO hace muchos años fui nombrado profesor de Literatura y Castellano en una Escuela Normal, me presenté a su directora días antes de la apertura de los cursos, con el objeto de enterarme del uso y alcance de mis funciones. Yo era nuevo en la enseñanza; tan nuevo, que la directora no volvía de su asombro al comprobar mi ignorancia en el arte de dictar clase. La dama me miró aún un buen rato con la sorpresa del caso, y suspiró por fin, al parecer resignada a su destino de regentar profesores de mi categoría. Mi antecesor, en efecto—era arquitecto—había también surgido de las tinieblas de la pedagogía, tan preparado como yo. Inauguré el curso, sin embargo, en un ambiguo día feriado para ciertas actividades, pero no para las nuestras. Ante el inequívoco desgano de las alumnas por el fracaso de sus esperanzas, me apresuré a proponer a la clase la redacción de una nota al señor Ministro de Instrucción Pública, impetrando la suspensión de clases para celebrar dignamente y a la par de los agraciados por la feria, el acontecimiento de ese día.

En tal función nos hallábamos desechando este giro, aceptando aquel otro, cuando entró en clase la vicedirectora. Su desaliento anticipado ante las proezas pedagógicas del nuevo maestro era tan manifiesto como su expresión y su modo de caer sentada en la silla. Me indicó con una seña que prosiguiera dictando sin preocuparme de su presencia, y la clase continuó sin mayores tropiezos, logrando al final redactar entre todos una bastante bonita nota, y por fin sin mayores faltas de ortografía.

Por el semblante de la vicedirectora al concluir la clase, y la confiada libertad que la dirección concedió en los días sucesivos al desarrollo de mi curso, comprendí que mi ignorancia de la psicología infantil y otras materias del curso normal, no había sido óbice para que mi clase prosperara, como había prosperado bajo las manos de mi antecesor, el arquitecto.

La moral del incidentes es sin embargo ésta: Cuando cuatro años después renuncié al profesorado, aburrido del mismo eterno restringido tema, cansado de la esterilidad del esfuerzo en el noventa por ciento de los casos, desalentado por el abandono forzoso de los cuatro o cinco alumnos capaces de comprender, para prestar toda mi atención a la pesada mentalidad del resto, a fin de alcanzar en la clase el mediocre nivel exigido; cuando había perdido ya el entusiasmo de sentir y el deseo de comu-

nicarlo—única, eterna y sola razón de enseñar.—entonces el Consejo Nacional de Educación halló que por fin había yo adquirido los conocimientos pedagógicos necesarios para que se me pudiera confiar una clase...

Pero la Pedagogía, la Paidología, la Metodología, la Psicología y demás fantasías verbales de la Escuela Normal, no han conseguido jamás otra cosa que exasperar el juicio de unos cantos alumnos-maestros natos y volver ciegos a los ya miopes de nacimiento. Más que la medicina misma, desde que la enseñanza se convirtió en profesión, perdió con ella su virtud vocacional. No hay ser capaz de enseñar lo que no siente, ni profesor capaz de enseñar a ver lo que late tras la frente de cada criatura. Se nace educador como se nace artista o inventor; es decir, ya lúcido y amante desde que se abrió los ojos.

Por el estrecho cauce de la pedagogía normal, cauce más estrecho, hondo y helado que el de los otros dogmas oficiales, corren las aguas bautismales de la educación. Quien intente apartarse de él, será inmediatamente recogido, y vuelto al aula, por ser ella el templo de la educación. Sólo en ella existe la verdad, y todo lo que se aprende fuera, es falso. En las escuelas urbanas se enseña la cal, la arcilla y la arena en tubitos misteriosamente guardados en un armario, y en las escuelas de campo se estudian las raíces y las hojas en cartoncillos sagrados. Pero la vida misma, todos esos mismos materiales organizados por las edades o equilibrados por el hombre, todo eso no existe.

Hace algunos años la Inspección de Escuelas de los Territorios recibió tan graves denuncias sobre la actuación de un maestro de escuela en un perdido rincón del país, que se envió al lugar del hecho a un inspector, con las prolijas instrucciones del caso. Los vecinos del lugar se quejaban en particular del frecuente abandono que de su escuela hacía el maestro. Se iba con los alumnos campo afuera, sin saberse muchas veces adónde, a hacer la rabona con sus discípulos. Los chicos regresaban sucios y rotos en ocasiones, aunque en verdad no se quejaban.

Por supuesto. El inspector llegó al lugar en una siesta de verano, y sin hallar a persona viva en el camión, se detuvo a contemplar las cerradas puertas de la escuela. Golpeó, dió voces, miró por todas las rendijas: allí no había nadie. Un vecino, por fin, lo informó con mal modo de que el

maestro había salido en pandilla con sus alumnos, hacía tres horas. Que dirigiéndose a aquel tunar, más allá del potrero, tal vez los hallara cerca del arroyo.

Sin responder palabra ni agradecer la indicación, el inspector siguió el trayecto aconsejado, manteniendo el sombrero sobre su cabeza, por el sol de fuego. Halló por fin el arroyo, y he aquí lo que vió, a la sombra de los árboles:

El maestro de escuela y sus alumnos estaban todos descalzos y con el pantalón arremangado hasta las corvas. Se hallaban todos en cuclillas, los pies en el agua, y los chicos parecían seguir con gran interés y contento lo que el maestro hacía con barro y recortes de lata a lo largo del cauce del arroyo. El inspector, examinando entonces aquello con atención, vió que lo que el maestro de territorio hacía y enseñaba a sus discípulos, era un canal de tipo interoceánico, a alto nivel, con esclusas y todo.

Los chicos lanzaban sus embarcaciones en el primer dique, cargaban éste de agua, cerraban y abrían las compuertas de las esclusas, los buquecitos ascendían, pasaban a otro dique, y así hasta transpasar la cordillera y encauzar de nuevo en el nivel del arroyo.

Los chicos mostrábase felicísimos con su Panamá, tanto como lo hubiera sido yo en iguales circunstancias, aun con más barro que ellos.

En el espacio de tres horas, aquel maestro ignorado había enseñado a sus alumnos lo que no hubieran aprendido en seis años de aula de facultad.

No ha llegado hasta mí el informe del inspector de escuelas que vió esto y no cayó prosternado ante su camino de Damasco. Por su parte, el Consejo Nacional destituyó de una plumada y por incompetencia, al primer maestro del país.

HORACIO QUIROGA

(Caras y Caretas, Buenos Aires).

La situación política de Venezuela y el Congreso de Panamá

Barranquilla, Junio 9 de 1926.

Señor don Abel Carbonell

Director del *Diario del Comercio*.

E. S. O.

Muy ilustrado señor Director:

Algunos amigos distinguidos que tengo dentro y fuera de Colombia me habían hecho la excitación obligante de que me trasladara en estos días a Panamá, donde se reunirá un Congreso Pan Americano, conmemorativo de otro que se celebró hace cien años en el mismo lugar y que fué promovido por el Libertador.

El propósito de mis benévolos amigos era de que, haciendo yo un sacrificio de modestia personal, sobreponiéndome a mis débiles fuerzas, dentro de los términos que prescriben la cultura y la solemnidad misma que se va a recordar, llamara a torneo singular de ideas y como a duelo de opiniones, al muy sonado apóstol de la Dictadura de Venezuela, señor don Laureano Vallenilla Lanz, publicista y sociólogo notable y formidable apologista de los procedimientos drásticos, del autoritarismo personal en nuestra América Latina.

Circunstancias que no son del caso mencionar y el santo temor de entristecer los manes del Libertador, me contuvieron en el deseo de quebrar una lanza con el famoso vocero de los gobiernos personalistas indoespañoles, aunque creo que ese lance extraoficial, habría sido quizás un acto auténticamente afictónico de la festividad pues ningún tema más digno y oportuno de llamar la atención de los representantes de América en tales circunstancias, que el que se refiere a los destinos del mismo país donde nació el Héroe, donde lidió sus más sangrientos combates por la libertad, y

donde este gran principio, so color de progresos materiales y de vanas teorías ultramodernistas, carece del más pequeño cuño, hasta el punto de ser una anomalía y un escándalo su nombre, un efectivo crimen su ejercicio...

Soy amigo personal de Vallenilla Lanz y admiro su talento y vasta ilustración, detestando al mismo tiempo de sus teorías. Este hombre hubiera sido seguramente clasificado en Atenas entre los sofistas, falsos amantes de la sabiduría y tergiversadores o sutilizadores de la verdad; habría sin duda mortificado las Escuelas con sus errores ingeniosos, desesperado el Pórtico, hecho sonreír a Diógenes y constrictado hondamente la Academia, mas nunca hubiera tenido la buena fe de Sócrates que proclamó una verdad fundamental y murió por ella con todo el valor, entereza y serenidad de un abnegado filósofo. Y es que la filosofía no es un juego de ideas o de palabras, un aparato de teorías más o menos ingeniosas, una charla, si se quiere elevada, divertida y hasta preciosa que en sí misma podrá ser inútil o inofensiva, pero que hará horribles estragos cuando se aplica o pone al servicio de cosas contrarias a la humanidad, prescindiendo de la lógica y la ética que deben primar por sobre toda elocuencia oratoria. Porque la ciencia misma sin conciencia, la ciencia contra la conciencia, es inmisericorde, es cruel, es criminal y hace el mismo efecto que el puñal en manos del asesino o el hacha en manos del pirata.

¿Qué va hacer Venezuela a un Congreso como el de Panamá y cuál solidaridad va a proclamar entre gobiernos que encarnan ideas contrarias, por no decir francamente principios hostiles e incompatibles? ¿Por qué se ha enviado a Vallenilla Lanz a un Cenáculo, donde el Cristo invisible de la Libertad, Bolívar, que encarnó un ideal inmenso de independencia y de fuerza espiritual, será el patrón obligado, el eje soberano en torno del cual girarán todas las deliberaciones? ¿Qué irá a decir Vallenilla Lanz del que odió los tiranos hasta la guerra a muerte y prefirió morir inmolado y desolado en la quinta de San Pedro a alzarse con los derechos del pueblo, a usurpar las libertades públicas con que le brindaban en tales momentos sus amigos? ¿Qué adelantos constitucionales va a presentar Venezuela por medio de sus representantes cuando en ella no existe Constitución ni Ley, y sólo la voluntad de un Dictador es el único dogma que se acata, se obedece y se adora cual una revelación divina? ¿Llevará el señor Vallenilla Lanz el vuelo de su genial osadía hasta ir en pleno Congreso Pan Americano a sostener y a pregonar su estúpida tesis de que los países hispanos allí representados, cuya existencia y sacrosantos derechos han costado y cuestan tan caros sacrificios, no son materia adecuada

Quien habla de la presa en su género, Rica. Su larga

Cervecería TRAUBE

se refiere a una em-singular en Costa experiencia la colo-ca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo.

Posee una planta completa: más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS

Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

REFRESCOS

Kola, Zarza, Limonada, Naranjada,

Ginger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

SIROPES

Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también agua gaseosa de superiores condiciones digestivas. Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA

para la libertad ni para el progreso porque están compuestos de tribus semibárbaras, de indiadas estúpidas, de tipos amorfos, sin psicología y sin ideales; de individuos de la selva a quienes se debe adiestrar bajo el látigo, a quienes se debe tratar como galeotos, aplicando así la barbarie a la barbarie, corrigiendo así la estupidez con la brutalidad, aplicando la tiranía inexorable a pueblos que tuvieron ya sobre sus espaldas trescientos años de coyunda colonial, y ante ellos el oscuro caciquismo de la noche precolombina?

¡Extraña lógica que sobrecarga la herencia fatal, con nuevos y más pesados elementos hereditarios y prepara para el porvenir generaciones, caracteres y cerebros que no habrá como calificarlos!

Vivimos, señor Director, en Venezuela en en pleno círculo vicioso. Es verdad que las revoluciones originan la tiranía, pero también es verdad enorme que la tiranía provoca las revoluciones. ¡Oh! ¡el orden! ¡Hay que salvar el orden a todo trance, cueste lo que cueste! Mas en nombre de la conservación del orden se hicieron también los intereses, se engendran las revanchas, se siembran los odios, se preparan en una palabra los desórdenes y las anarquías; se vierte la desesperación en el alma de los pueblos, se cultiva el virus demagógico, se abre el caótico anhelo de venganza que envenena tantos pechos lacerados por el agravio, tantos corazones devorados por la pena... ¡Y cosa curiosa y extraordinaria! Los que temen y desconocen más el derecho de las revoluciones son los mismos que han salido de ellas, los que a no ser por ellas medrarían en humildes granjerías de apartados villorrios; los que las están provocando continuamente por no reconocer los más sencillos y naturales derechos humanos; los que prefieren el desquiciamiento del universo entero por no aflojar en una sola actitud olímpica, por no ceder un palmo en el camino de la misericordia y de la justicia.

Los que temen y odian las revoluciones, son los mismos hombres de las revoluciones anteriores que demolieron gobiernos y se le fueron encima al principio de autoridad, empanillados a guisa de malhechores; los que encendieron guerras civiles asoladoras y espantosas sin tener entonces la más mínima consideración por ese respetabilísimo principio del orden que hoy tanto preconizan; los que, en trascendentes documentos oficiales se complacen en hacer el recuento de sus campañas militares, que desde el principio de la República hasta hoy, no han sido sino odiosos sumideros de sangre, estériles y miserables matanzas de hermanos que dan vergüenza y dan dolor porque no han servido sino para pisotear las leyes y constituciones, para envilecer nombres y caracteres, para crear guapos y guapetones, para deificar matones y matachines, para promover generales sobre generales, hombres más o menos feroces que nunca llegarán a comprender por qué la vida, la propiedad y la libertad de los hom-

bres pueden llegar jamás a ser cosa sagrada, pues la guerra, no sirve, según ellos para lograr una paz benefactora y honrosa, sino para hacerse dueños de ella por derecho de brutalidad y por razón de conquista. Así, cuando termina la matanza en los campos de batalla principia entonces en las prisiones y en los calabozos con los aterradores aditamentos del más que refinado martirio. Y héte aquí la perfecta justificación de aquella tan bien expresada sentencia de Erasmo: «un solo asesinato hace un desalmado, miles de asesinatos un héroe».

A usted señor Carbonell, que es hombre de conciencia imparcial, genuino y sólido escritor y hombre de avanzada cul-

tura me permito dirigirle esta carta para la cual pido también generosa hospitalidad en las columnas de su ilustrado diario, a fin de recabar de su ingénita liberalidad una opinión amplia y franca sobre las materias que en ella se trata, en la seguridad de que su voz será escuchada por millares de hombres con el interés y simpatías que merece un alto y autorizado criterio y una voluntad puesta al servicio de las más sanas ideas sociológicas y de los principios positivos que las informan.

De Ud. muy obsecuente servidor y amigo,

LUCIANO MENDIBLE

(Diario del Comercio, Barranquilla).

La película enemiga

=De El Universal, México, D. F.=

PRIMERO fué en el viaje, a bordo del *Guilio Césare*. Después, en París. En la ciudad espectacular por excelencia, sólo se entra en un cine por cansancio o por escapar al frío durante una hora. Durante mi mes de París, he visto, sin embargo, dos películas en las cuales estaba la caricatura mexicana. En mi mes de Bruselas, sin que haya rastreo intencionado, he visto dos películas de la misma propaganda malvada.

Sencillamente me asombra la persistencia en la cual hay algo de deliberado, como en la lección del maestro de escuela.

Se rechaza lealmente la idea de un signo que hubiese dado un gobierno a los jefes de esa industria. Se la rechaza, porque hay gobiernos purificados por la presencia de un hombre como Mr. Coolidge. Queda pensar en que el tema mexicano prevalezca en Los Angeles, a causa de la vecindad con el país, porque lo español todavía forma atmósfera en esa zona. Se rechaza también este atenuante: no hay desconocimiento más lastimoso de un asunto que el que demuestra Cinelandia de la cosa mexicana. Quedaría aún el excusar esta campaña, pensando en que aquellas gentes sencillas, que se fatigan con el cow-boy y con el rascacielo, han tomado el amor de lo exótico. Se desmorona la nueva excusa: la China, la India, la Persia, tienen un exótico más atrayente que el mexicano y no son favorecidos (?) con esta predilección singular. A fuerza de eliminar razones malvadas, se cae en una deducción más dolorosa que las otras: se trataría de la visión que de un pueblo se ha formado otro, de un juicio derramado en todas las clases y que salta al cine naturalmente, como salta la gracia de Jackie Coogan.

Y si es ya concepto popular, que el público no rechaza cuando le aparece vuelto imagen en la sábana, éste de un México feo y acometedor como un búfalo, por tercios incendiario, matarife y vil, hay para preguntarse de qué sirve la vecindad geográfica si Estados Unidos ignora a México más que al monje del Tibet. De qué servirían, además, los infinitos instrumentos de

cultura que ese país de la Kodak y de la Fundación Carnegie, movilizada hacia el sur continuamente, si no le han servido para mostrarle en el hombre de México al heredero de las catedrales españolas y de las pirámides de Teotihuacán?

Y si se trata, sencillamente, de una explotación comercial, ¿no hay, en los sonados códigos de comercio, ningún artículo para refrenar una empresa semejante de calumnia sistemática hacia un país? El fondo de las películas que he visto lleva a construir una idiosincrasia mexicana que sería ésta:

Debilidad y cobardía física para la guerra, suplicas por una astucia repugnante; la glotonería y el alcoholismo dominando las costumbres; estado de tribu; animalidad del hombre y desenfreno de la mujer.

Sin hacer un panegírico de México, quien tenga el ojo normal, y esos quilates de equidad que se llaman decencia, sabe que el carácter mexicano tiene como rasgos elementales estos otros:

Coraje, que de virtud, se hace vicio por desdén de la vida; sobriedad en el yantar y—si nos acordamos de Rusia y de Inglaterra, los grandes países alcohólicos—sobriedad en el beber. La astucia como expresión de la inteligencia, aplicada a la guerra, allá como en cualquiera otra parte, en el soldado la animalidad que entraña la guerra, y nada más, y en la mujer un fuerte tradicionalismo español.

Recordemos las cintas absurdas.

Se buscan las fisonomías abyectas y antes de que actúe el mexicano, ya el espectador lo odia, por el gesto. Se hace el contraste más absurdo entre los interiores españoles que suelen presentar, y la acción canibal que se desarrolla en ese ambiente; se mezclan, con una ingenuidad irritante, el rebozo de Santa María con el peinetón andaluz, el *sarape* y el cuerpo desnudo de la *cocotte* universal.

Grotesco, aquí como en todas partes, el nacionalismo hace una verdadera orgía: el capitán norteamericano enseña a disparar

al capitán mexicano; el cow-boy deja atrás en toda carrera al hombre de Sonora y lo único hermoso que le queda al infamado es el soberbio paisaje de Anáhuac.

El cine es, hoy por hoy, una especie de silabario universal en que todos leemos el mundo. El público del cine es un público pasivo que no tiene nada del que asiste a la comedia dramática. Acepta la imagen como el niño acepta la definición. Cada una de esas películas, inconscientes o venenosas, son, pues, el silabario gráfico donde el mundo está aprendiendo el desprecio de un país, quincena a quincena.

Si México pusiera, en cada plaza mayor de ciudad europea o americana, a un conferencista que hiciese su defensa, tendría una millonésima parte del suceso que consigue el cine... Si México pagase un periódico de cada país para su propaganda, tampoco conseguiría echar atrás esta marejada de desprestigio. Ninguna defensa cabe, dentro de la propaganda hablada o escrita, contra esa eficacia terrible de la imagen.

Parece que nunca se ha hecho cosa semejante con una nación, ni siquiera con esa Rusia de los Soviets tan rabiosamente odiada.

Una empresa en grande en favor del odio, eso es. El niño americano crece sabiendo que al otro lado del Bravo hay un pueblo que no sabe jinetear un caballo, que no dispara sino detrás de un matarral, que bebe hasta quemar la casa, que tiene una fisonomía de pesadilla; un país donde las mujeres no se parecen a su madre, ni el niño se parece a él.

Hoy se hace en Europa, desde la «Sociedad de las Naciones» hasta la más pequeña institución moral, la elaboración del pacifismo futuro a base de los niños. ¿Cómo puede realizarse, mientras tanto, en la Nación que busca dar normas morales al mundo, esto que llamaríamos el emponzoñamiento de la infancia?

Yo creo que estas películas (*La Señorita de la Media Noche, La Bella de Veracruz, La Princesa Fatal* —recomiendo especialmente esta última—) no llegan a México. Valdría la pena que un observador atento anotara, en la Habana o en París, la nómina de estas cintas y el nombre de las casas editoras. Sin boycotear a la industria entera de un país, cosa que también sería un puñetazo de odio, es de la sensatez más elemental que se boycotee a las firmas culpables. El mercado de México no es cosa para ser perdida sin daño por Cinelandia. La acción oficial consigue poco. El muy culto representante del país en Bélgica, don Rafael Cabrera, me expresaba que, por la amplia libertad en que se mueve este país, ni el reclamo suyo ni el del Ministro inglés, en caso semejante, habían podido ser atendidos.

Los países como los hombres viven, en buena parte, de honra, y no pueden mirar ni con desdén ni con estoicismo la calumnia cotidiana que acaba por volverse conciencia del mundo.

Durante la guerra europea se lanzó la le-

Mi querido amigo, señor García Monge:

Síbase permitirme recurrir a las prestigiosas columnas del REPERTORIO para llevar a manos de los hombres de pensamiento de América la bella producción del doctor Mendible que le acompaña.

El momento es propicio, señor García Monge.

Su atento amigo y servidor,

J. C. Sotillo Picornell.

yenda de los niños belgas, cuyas manos habían cortado los soldados alemanes. Yo he seguido el efecto de esta mentira. Lo ví, la primera vez, en el Liceo en que yo daba mis clases. Se leyó la fábula odiosa: un silencio, una exclamación y luego, en todas las niñas, el asco de la acción que no tiene nombre. Vi el efecto del relato en las familias católicas, algunas de las cuales moderaron o mudaron su germanismo. El ex-Ministro italiano Nitti cuenta en uno de sus libros, una conversación suya con Lloyd George: «Si esto se comprobase plenamente —le habría dicho Nitti— sería menester abandonar a Alemania». Y Lloyd George habría asentido plenamente.

La leyenda era falsa, desde las raíces, y los belgas lo han rectificado, hidalgamente.

¿Habrá equidad que resista a esta leyenda negra de México y sonría a la imágenes grotescas guardando su estimación hacia el pueblo desconocido?

Que México no espere maravillas. Esta propaganda de primer orden le daña más que una escuadra en Veracruz o un escándalo sobre el petróleo.

El suceso desgraciado no sólo afecta a México, sino al continente español. Para el europeo hay dos Américas: la América blanca o sea la Argentina y un poco el Uruguay, y la América de color. Cuando aquí se dice México se dice igualmente Colombia, Chile o el Perú. Este simplismo de concepto merecía ser de tribu, pero es europeo, es decir, civilizado...

GABRIELA MISTRAL

Spa. Bélgica, 1926.

Dr. CONSTANTINO HERDOCIA

De la Facultad de Medicina de París
MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta.

Horas de oficina:

10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, p. m.

Contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

Revista de Oriente

Organo de la Asociación Amigos de Rusia

\$ 0.10 el ejemplar.

Subscripción anual \$ 1.00 oro.

Sarmiento 1266. Buenos Aires

Carta alusiva

(Váase la carta de la página 5)

San José, de Costa Rica, 1.º de julio de 1926.

UNIVERSITARIO

Organo de la Asociación Intelectual Americana

En el afán de que los escritores de América castellana lleguen a un conocimiento y estima mútuos de todos sus valores intelectuales, *Universitario* ofrece a todo abonado un cuarto de página para anunciar sus obras. *Universitario* aspira a ser la tribuna libre de todos los americanos y ofrece igualmente sus páginas a la colaboración de cuantos se adhieran al movimiento americano (Latino-Ibero-Americano).

UNIVERSITARIO

Revista trimestral. 2 Square Caulaincourt. París XVIII

Abono: Francia 20 frs. Extranjero 24 frs.

Agencias del "Repertorio Americano"

Queremos establecer Agencias del *Repertorio* en el exterior.

A razón de 10 cts. oro americano el ejemplar, remitiremos a cualquier país del mundo los que se nos pidan.

Rogamos a nuestros numerosos amigos en el extranjero (ciudades de América) que nos recomienden personas o Agencias idóneas por su actividad y honradez.

Agencias ya establecidas:

En Managua, Nicaragua: Don César Peñalba.

En Panamá, R. de P.: Don Juan B. Thibault.

La suscripción anual, aislada y directa: \$ 6 oro americano, que pueden remitirse en forma de giro bancario sobre Nueva York.

Dirigirse al Sr. ADR. del REPERTORIO AMERICANO

Ap. Letra X

San José de Costa Rica, C. A.

El Cantar de los Cantares,
en el precioso arreglo dramático de Juan de Bonnefón

En las ediciones del CONVIVIO.

Precio del ejemplar: ₡ 1.00

¡Solicitenlo ahora mismo.

DICHOSA tú que viviste la vida en toda su plenitud; que conociste el dolor y el amor; que te rodeaste de los grandes y de los pequeños, de los buenos y de los infortunados, y penetraste en el espíritu de todos sin culpar a los que no te comprendieron.

Dichosa tú que amaste las espinas y las rosas y encontraste belleza en las florecillas del campo, en la piedra y las cosas más humildes.

¡Cómo te diste cuenta de que cada uno da su nota en el conjunto del universo y de que la tonalidad anímica de cada ser es innata!

Tú lo amaste todo, lo comprendiste, y pasaste por la vida con una inmensa serenidad.

Todo en ti se consumó y tu vida fué fecunda en todas sus manifestaciones y pródiga en ternura.

Has dejado una estela luminosa en tu camino, y un sello de belleza en todas tus cosas.

Qué buena ha sido la vida con los que te amamos, al darnos el privilegio de tener alguna vez entre nuestras manos las tuyas; de recrear nuestros ojos en el oro de tu cabecita rubia y en la blancura de tu cuerpo esbelto; que era el prisma, al través del cual, asumía la luz de tu espíritu los más variados matices al iluminar tus ojos, tu rostro o tu gesto inolvidable.

No nos queda nada que pedirle al Hacedor, porque hasta el don de morir joven, bella y amada, te fué concedido.

María



Murió en Nueva York,
el 7 de junio de 1926

HAY un grupo de cultas damas costarricenses que simpatizan con el REPERTORIO AMERICANO, lo leen y lo protegen. ¡Musas y hadas de la empresa son!

Lo fué entre ellas, muy fina y muy constante, doña MARÍA DE PERALTA mientras estuvo con nosotros. Y amigos fuimos desde que la revista estableció entre ambos el diálogo renovado y a distancia.

Engalanamos esta página de su revista con la hermosa imagen terrenal suya; y la otra, la celestial y eterna, en el corazón de los que supimos amarla seguirá estampada.

Ahora nos quedamos sintiendo mucho el vacío de la ausente sin retorno.

gm.

San José, jueves 1.º de julio de 1926.

Aún en tu lecho de muerte nos hacías evocar el recuerdo de la bella durmiente del bosque.

Llenaste ampliamente tu misión, y al cerrar los ojos, has dejado, como una proyección luminosa de tu ser, dos hijas en quienes vivirán los dones de tu espíritu.

Señor, gracias te damos porque nos dejaste amarla. Gracias porque se lo diste todo.

CORINA DE CORNICK

Junio de 1926.

VERANILLO de San Juan!
¡Veranillo de San Juan!
¡Canto armonioso a la Vida! He aquí que el corazón se siente abatido este año...

Mañanitas de sol perfumadas con perfumes frescos de las montañas, caricias del viento que corre, que corre sonriente; risas de niños, cielo argentado, cielo de turquesa. Mañanitas de sol, ya no la encontraréis mas regando sus siembros amados. Viento ágil y sonriente, alegría de las ramas y de las cortinas floridas, su ventana está cerrada ya, porque ya están cerrados sus ojos, estrofas que fueron de amor. Ya la luna de su espejo no copiará más las quilarnias palpitantes de su rostro adorable y bueno, porque ya no hay flores en donde la vida en otros días derramó pródiga todas sus gracias, todos sus dones.

¡Veranillo de San Juan!
¡He aquí que el corazón está sollozando este año!

RUBÉN COTO

Junio de 1926.

Un escultor de España y un pensador de América

LA mañana, nubosa, templada, advierte bajo su cielo de pizarra el grupo de hombres y damas en trajes oscuros. Son los hijos y las hijas de Apolo reunidos por noble curiosidad estética, a extramuros de Madrid, en el taller del cantero de un escultor ya célebre en España y que lo será pronto fuera de ella: Victorio Macho.

Entre lascas y contra el cielo gris se yerguen sobre alto pedestal de granito dos próceres figuras de mujer. Aquellas dos figuras, de un bronce verde, que parece ya patinado por los siglos, amparan con su noble simbolismo el busto de un pensador de vida patética y fecunda.

¿Son la Libertad y la Ciencia? ¿La Humanidad y la Gloria? ¿La Virtud y la Patria? Nada nos lo dice. Y está bien que nada nos lo diga, ni siquiera en simbolismos escultóricos.

Ya estamos cansados de historietas inverosímiles en verso y en bronce, en colores y en piedra. La historia verdadera de la obra de arte la traduce cada uno según su capacidad de comprender. La obra de arte no nos da una lección; nos convierte, al contrario, por medio de la emoción, en maestros. Somos nosotros mismos los que sacamos de nuestro removido ser sensaciones y pensamientos; a veces, sensaciones inéditas y pensamientos ejemplares.

En el arte de este vigoroso y muy poco literario escultor de Castilla late su tierra en lo que posee de más áspero, seco y férreo. Nada de suavidades, y menos de preciosidades dieciochescas de Francia o finuras renacentistas de Italia: todo es en Victorio Macho francote, noblote; a veces, hasta brutal. En este escultor triunfa la energía sobre la gracia; el músculo, sobre la sonrisa. Porque sea así y no de otro modo, su valer no se amengua. Al contrario. Permaneciendo como es, prueba ya otro mérito: el de la sinceridad temperamental, gran virtud, y no de las más frecuentes entre artistas.

No debe olvidarse, con todo, la relatividad de cualquiera afirmación. Victorio Macho, en esta misma obra, realiza una figura de mujer—la más joven, la del lado izquierdo—, que, dentro del arte de este enérgico escultor, aparece como un mentís a la sugestión de rudeza.

¿En honor de quién se va a erigir en la isla de Puerto Rico este monumento? En honor de Eugenio María de Hostos.

El desconocimiento en que vivimos los hombres de la misma lengua, porque unos nacieron del lado acá y otros del lado allá del agua, obliga a decir a las volandas quién es el pensador a quien el bronce de Victorio Macho se consagra.

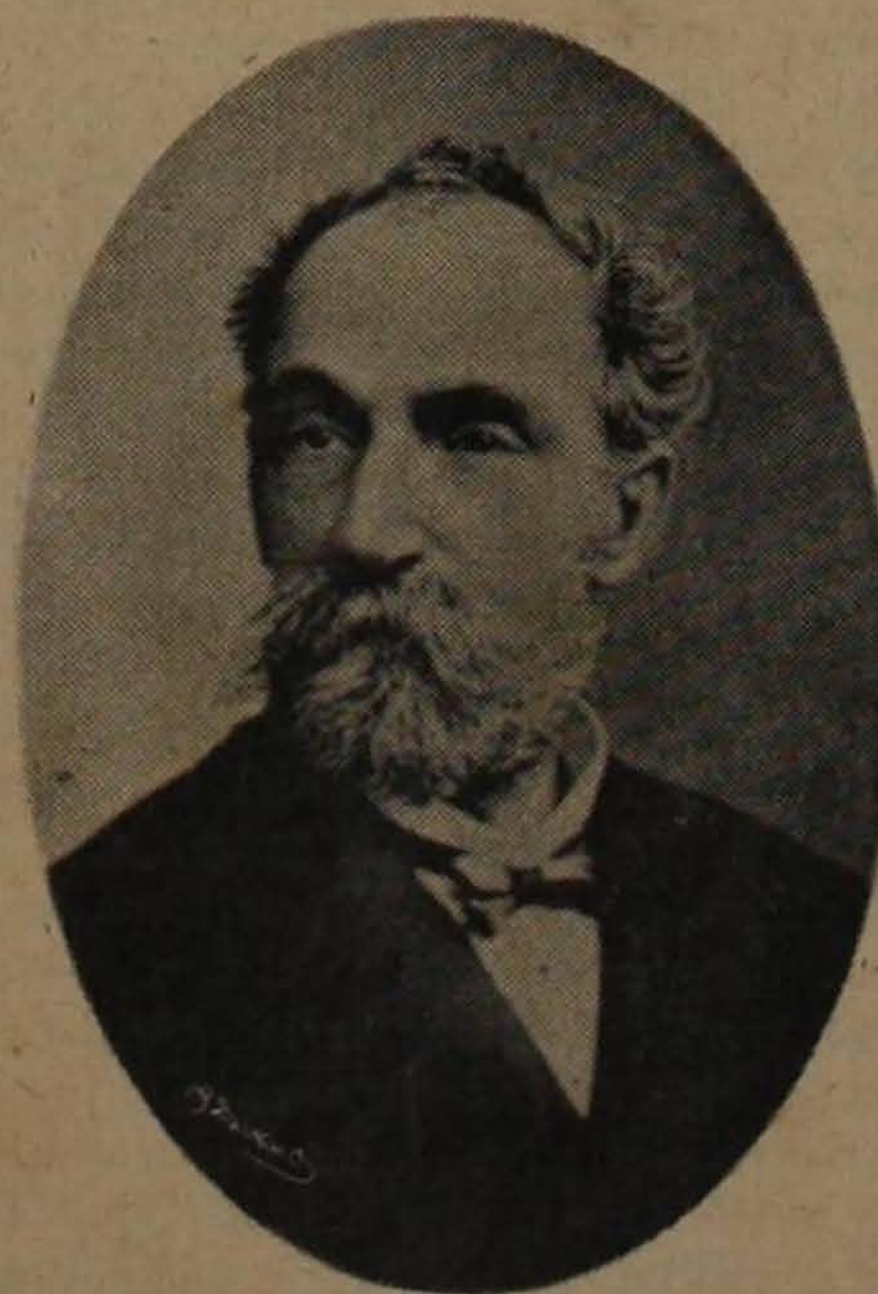
**

Hostos vivió sesenta y cuatro años. Nació en una de las Antillas en 1839 y murió en otra de las Antillas en 1903.



Monumento a Hostos

Obra de VICTORIO MACHO



Hostos

Como nació en Puerto Rico cuando Puerto Rico pertenecía a España, y como nieto de español españolizante, fué enviado a educarse en la Península desde los trece años. Se levantó en las universidades de la madre patria. Sus condiscípulos fueron hombres que iban a llenar buenas páginas de la historia española y a figurar en los congresos, en los ministerios, en el Ejército, en la Prensa.

¿Empleó Hostos su influencia con figuras y figurones de la política para medrar? ¿La empleó para ascender a las posiciones del Estado a que lo llamaban sus méritos? No. La empleó para pedir la independencia de Cuba y Puerto Rico. Pero ningún pueblo se amputa voluntario. Hostos confundió el empeño de la unidad nacional o posesional de España, patriótica y razonable en sí, con intransigencias de la Monarquía. Desiluso, conspiró contra el trono y a favor de la República española, con Castelar, con Salmerón, con Pi y Margall.

«Primero soy español que republicano», exclamó Castelar, ya presidente de la República española, cuando Hostos y algunos republicanos de la Península instaron sobre independencia para Cuba.

Desiluso de nuevo, aquel apóstol de la libertad se convenció de que la independencia no se mendiga, sino se merece, y, si se puede, se conquista.

Era en 1868. Abandonó a Madrid, negándose a aceptar una curul en el Congreso español. Fué a la capciosa Nueva York y se consagró en alma y vida a la revolución cubana, recién prendida por Céspedes. Pero no se alejó de Madrid sin agotar sus esfuerzos y sin luchar con el león a brazo partido en el antro mismo de la hermosa fiera dorada. Aquel «Hostos talentado y corajudo» de que habla Galdós en alguno de sus *Episodios Nacionales*, donde evoca, si no recuerdo mal, el destronamiento de Isabel II, luchó su última lucha en la tribuna española y dijo donde podían oírlo, en el Ateneo de Madrid, valientes verdades.

Señores: Las colonias españolas están hoy en un momento crítico. Víctimas de un despotismo tradicional, una y mil veces engañadas—jengañadas, señores, lo repito—, no pueden, no deben seguir sometidas a la unidad absurda que les ha impedido ser lo que debieran ser, que les prohíbe vivir.

Basta. Por la zarpa se conoce al león; y por la audacia convencida y la sed de justicia, y por aquellas palabras que lo divorciaban para siempre de la madre patria, a Hostos. Rompiendo con España rompía con sus amigos, rompía con sus valedores, rompía con sus ambiciones, rompía con su porvenir. Hostos no vaciló.

Basta. Por la zarpa se conoce al león; y por la audacia convencida y la sed de justicia, y por aquellas palabras que lo divorciaban para siempre de la madre patria, a Hostos. Rompiendo con España rompía con sus amigos, rompía con sus valedores, rompía con sus ambiciones, rompía con su porvenir. Hostos no vaciló.

**

Al pie de esa tribuna del Ateneo madrileño empezó la odisea de este Ulises ham-

briente de ideales. Esa odisea no terminó sino al caer Hostos exánime en el hoyo de la tumba.

De Madrid sale para Nueva York. De Nueva York, desde donde ha difundido por la prensa sus libertadoras ideas, se embarca dos años después para Cuba, que arde en guerra y en anhelos de libertad. Va a pagar su tributo de sangre, va a dar el ejemplo de Martí, va a regar con sus venas su idea. El mar lo salva: naufraga.

Fué de país en país ganando prosélitos y voluntades para la liberación de las Antillas. No tenía dinero: escribió, peroró, trabajó, ganó la vida. Las puertas se le cerraban en las narices. Los miopes no veían. Los miopes y alicortos no alcanzaban otro horizonte sino el que se divisa desde los campanarios de sus natales aldeas respectivas. ¡No importa! Hostos continúa su prédica. Cerca de cuatro años duró aquella cruzada de la libertad.

Y por donde va, va haciendo bien. Un día llega al Perú aquel apóstol de la dignidad humana y abre campaña a favor de los inmigrados chinos, sumergidos en esclavitud por los criollos. Otro día llega a las repúblicas del Plata: aquel apóstol del progreso proclamó el primero en la República Argentina la importancia del ferrocarril transandino. El reconocimiento le rinde homenaje; la primera locomotora que escala los Andes lleva por nombre *Eugenio María de Hostos*. Otro día va a Chile: aquel apóstol de la igualdad aboga por que se abran las carreras científicas a la mujer. Por Cuba y Puerto Rico escribe, viaja, perora, combate, se multiplica.

Fué durante su vida entera un benefactor. En Venezuela comienza a difundir en el Colegio de Soteldo lo que aprendió en España, lo que la vida y el cotidiano estudio le fueron enseñando. Es profesor de Derecho constitucional por una serie de años en la Universidad de Santiago de Chile; por otra serie de años es profesor de Sociología, Derecho internacional y Derecho penal en la República Dominicana.

Y cuando no enseña desde la cátedra, enseña desde la prensa o por medio del libro. Y su mejor enseñanza la dió viviendo una vida pura, austera, de deposición, de sabiduría, de bondad, de utilidad, de amor.

* *

Bien está el fuerte pensador, de tan fuerte vida, en el monumento del fuerte escultor de arte tan fuerte.

Y bien está que los artistas de España tengan como prolongación para su genio las tierras del nuevo mundo. Ellos deben considerar el nuevo mundo hispánico con el mismo derecho de arribo y de esperanza que los viejos lobos marinos perdidos en el Atlántico aquella mágica noche del 11 al 12 de octubre de 1492.

R. BLANCO-FOMBONA

(*La Voz*, Madrid).

El monumento a Hostos

En un solar de las afueras de Madrid reuniéronse uno de estos pasados días algunos escritores, artistas o profesores; parte de ellos, españoles, y la otra parte, hijos de la lejana Puerto Rico.

Era una mañana azul, una de esas tibias mañanas de la inverosímil primavera que desde Febrero venimos disfrutando con esa agrídulce sensación de placer y de inquietud que nos causan las cosas tempranas y los florecimientos precoces... «¡Esto no puede durar!...», murmuramos melancólicamente.

Allí, en el «solar del cantero», se había levantado, de modo transitorio, sólo para que su efecto pudiera ser apreciado, un monumento que acababa de salir de la mano fuerte y sobria del escultor Victorio Macho. Sobre un pedestal de piedra, severo en sus líneas, alzábanse, en bronce antiguo, dos figuras de mujer, rítmicamente enlazadas. Como centro de la obra entera, se destacaba, en bronce de otro tono, la austera cabeza de un varón pensativo. Bajo de ella, la inscripción: «Puerto Rico a Eugenio María de Hostos».

¿Y quién fué Hostos?, preguntará quizás más de un lector español. Hostos ha sido, sencillamente, uno de los más altos escritores de genio hispánico y de habla castellana. Pero nació al otro lado del Océano, y el mar, un mar de aguas amargas, y otro mar de amargos errores, lo ha mantenido remoto e ignorado para muchos de nosotros.

Ahora, el gran maestro antillano va a recibir la consagración oficial allá en su isla patria. Ese monumento que hemos contemplado en Madrid se erigirá en el jardín tropical de la Universidad portorriqueña.

Congratulémonos de que España haya podido cooperar fraternalmente a esta glorificación del pensador americano. En ello habrá intervenido, de seguro, nuestro amigo el poeta Balseiro, quien, cuando está en San Juan, vive para las letras españolas, y cuando reside en Madrid, suspira por su natal Puerto Rico...

En mi tierra sanjuanera,
a orilla, a orilla del mar...

De Puerto Rico partió la idea del monumento a Hostos; Puerto Rico allegó los recursos; en Puerto Rico se levantará la obra escultórica. Pero el metal de sus estatuas nació, seguramente, en nuestras sierras españolas, y de nuestras canteras salió la peña de su basamento. Y, sobre todo, la creación espiritual brotó en la mente de un artista español. Celebremos esta gentil colaboración. Cuando mañana una nave lleve a Puerto Rico las piezas del monumento, algo de nuestra alma ibérica se habrá fundido con algo del alma americana en el bronce que, inmortalizando el semblante de Hostos, arribará al mar de las Antillas.

En realidad, Hostos es un escritor de nuestra propia sangre y de nuestro mismo espíritu. No sólo por el idioma, sino también por el genio interior, a ningún español le sonará a extranjera una página de Hostos.

Tiene este autor un estrecho parentesco moral con un Giner de los Ríos o con un Azcárate, que fueron sus contemporáneos: igual sentido ético, la misma elevación de la conciencia, la misma dignificación de la política, la misma vocación pedagógica, la misma predilección por el Derecho y la Sociología, que en Hostos se juntaba a un claro talento literario, aunque desdeñando el arte por el arte y poniendo siempre en la obra bella la gravedad del filósofo y casi la severidad del asceta.

Alguna vez, leyendo a Hostos sus duros juicios contra la dominación española en América, podrán acaso herirnos. Herirnos, pero no humillarnos. ¿Por qué? No nos afrentan, aunque nos duelan, porque en el verbo de Hostos vibra un tan inconfundible acento hispánico, que sus protestas, si bien irritan, quizás, como las de un compatriota, nunca abochornan cual las de un extranjero. Hasta en la lucha reconocemos al hermano.

Por otra parte, Eugenio María de Hostos simpatizaba de todo corazón con la corriente liberal española. Una religiosidad independiente y profunda, la virtud laica, el sentido moral de la vida, se unían en él a un entusiasmo positivista por la ciencia y a un amor ferviente a la libertad, lo mismo en la esfera del pensamiento que en el orden de los ideales políticos.

Tal fué el eminente profesor americano. Sus *Lecciones de Derecho constitucional* han sido universalmente celebradas. En su *Tratado de Sociología* hallamos bosquejada ya, en germen, la Sociedad de Naciones. Su *Moral social* es la voz del deber sonando en la conciencia emancipada del hombre moderno. Bastaría quizás alguno de sus ensayos y artículos breves, por ejemplo, *Hamlet*, para conquistarle un honroso lugar entre los grandes escritores de lengua española.

¡Que las brisas favorables de esta anticipada primavera acompañen al navío que lleve la efigie de Hostos, esculpida en España, hasta la ancha bahía de Puerto Rico!... Va en ese busto un poco del arte y del sentir de nuestro país. Debemos desear que, en cambio, lleguen hasta nosotros, desde América, algunas de las mejores enseñanzas que constituyeron el magisterio espiritual del filósofo antillano.

LUIS DE ZULUETA

(*La Libertad*, Madrid).

LA COLOMBIANA

Francisco A. Gómez Z.

Se trasladó frente al Pasaje Jiménez local que ocupó «La Parra»

Ofrece a sus clientes y al público en general un surtido de casimires en gabardinas.

Cuenta con buenos operarios para la confección de sus trajes.

PRECIOS SIN COMPETENCIA

Un libro de Sanín Cano

B. SANÍN CANO.—*La civilización manual y otros ensayos*.—EDITORIAL BABEL.—Buenos Aires, 1925.

Ensayos diminutos extraídos de la obra de Sanín Cano

SANÍN Cano esperó a los sesenta años para reunir en libro páginas suyas. Exagero quizás: no esperó; cuando la devota insistencia de Samuel Glusberg le pidió el volumen, accedió, con indiferencia igual—me figuro—a la que tuvo antes para dejar dispersas sus opiniones en los periódicos. Y no sucederá gran cosa para vencerlo de que hizo bien: en las regiones de nuestra «alta cultura» el pensamiento sólo entusiasmo cuando pagamos por él altos derechos de importación. Y la moda convierte en evangelio a Spengler y difunde las trivialidades de Simmel. Confieso las excepciones... Y comprendo que Sanín Cano no es escritor para jóvenes de ahora. No censuro: ¿quién debería cambiar, el escritor maduro que se expresa en formas antiguas, lentas, amplias, o los muchachos cuya aptitud para leer se encoge dentro de la nerviosa estrechez del momento? Roberto Giusti—una de las excepciones—ve a Sanín Cano junto a Montalvo, a Rodó, a Martí. Yo no: no lo veo en la cuadrilla de maestros que se lanzan al campo, espada al cinto y azada al hombro; no lo veo pelear y sembrar, sino acechar estrellas y nubes, señalar las horas, predecir el tiempo. Si en América halla semejante, será Varona; pero Varona es consorcio trágico de escéptico y predicador: su natural reflexivo lo inclina a la cósmica indiferencia; su sentido humano lo empuja a clamar contra la injusticia, y en Cuba todo amante del bien le pide su ayuda. El sentido de humanidad es fuerte en Sanín Cano; sino que tal vez los muchos años de escribir para lectores que están lejos han acabado por dar a sus ideas el tono de *distancia*: su indignación contra el mal late como corriente oculta. Tal vez por eso mismo su inteligencia, al darles vueltas a las cosas en soledad, fuera del apasionado choque de los conflictos cercanos, arriba a una desconfianza ante la sociedad de nuestros días, a ratos ante la vida entera. Muchos de sus artículos son *soliloquios en Inglaterra*, como los del hondo, agudo Santayana. El escritor de Colombia, como el de España, descubre la incongruencia esencial del espíritu inglés—junto a su viva originalidad—y la imperfección esencial de la vida inglesa debajo de sus muchas perfecciones. Creo que el colombiano ama a Inglaterra menos que el español. Con todo, uno y otro le deben el corte del *ensayo*. Sanín Cano lo ciñe a la actualidad, al asunto del día: sus conceptos mejores ocurren de paso; raras veces reciben desarrollo en trabajo especial. Creo que, destacando esos párrafos de ideas esenciales—van al pie de la reseña—sirvo al lector atento, recordándole que no todo es aquiescencia y novelaría en nuestra América.

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA

El hombre sabe que tiene que morir, pero no lo cree. Si lo creyera, acomodaría su existencia a un régimen distinto y a principios más sencillos de los que generalmente sigue.

La noción de sexo y la de pecado viven en asocio ideológico en la mente ineducable del género humano, y mientras no logremos disociar estas dos ideas continuará el estado social que hace de la vida un equívoco y un tormento.

Asoma en el horizonte la época en que será necesario oír el concepto de los estudiantes sobre los programas de liceos y universidades. Alborean los días en que la universidad romperá los viejos moldes y se constituirá en instituto absolutamente libre, como los museos, las bibliotecas y laboratorios, de pórticos siempre abiertos para los autodidactas. Si algo ha enseñado el siglo XIX a la generación de testarudos del siglo XX, es que, así en lo moral como en la esfera científica, como en las gentiles disciplinas, ha sido el autodidacta el baquiano de los nuevos derroteros.

La civilización es, más bien que cerebral, primera y radicalmente manual... La civilización empezó el día en que uno de los antropoides adquirió la capacidad de sostenerse siempre en las extremidades inferiores, y libértó de ese modo la mano espiritual y fecunda.

Es fama que el murciélago posee la inteligencia más rudimentaria en la rama animal a que pertenece. No es extraño: toda la sensibilidad se ha concentrado en las manos, que le sirven para volar, para trepar, para asir los objetos, para llevar los hijos y para dirigirse en las tinieblas. El peligro es visible para la especie humana. Guiando el automóvil o el aeroplano, el hombre va poniendo en peligro la libertad de la mano, origen de su predominio. Ford, apóstol de la civilización y enemigo inconsciente de la cultura, aspira a poner el automóvil al alcance de todo el mundo. Si todo el mundo tiene auto no habrá chofers posibles, y toda la especie humana volverá a los tiempos del antropoide que necesitaba de las extremidades superiores para andar y trepar a su habitación, o a la condición actual del murciélago, que las necesita para volar, ni más ni menos que el aviador.

El hombre occidental cifró su admiración del cuerpo humano principalmente en el rostro, y de observarlo atentamente dedujo el patrón de la belleza. Así adquirió sin duda el arte occidental su rasgo caracterís-

tico, o sea la predilección por los procedimientos simétricos en busca de la forma armoniosa. El influjo de la simetría con que están distribuidas las facciones en el rostro humano es visible en todo el arte occidental. Los pintores, los escultores, los arquitectos, los poetas, aun el simple escritor de prosa, se han dejado arrastrar a esa manía de simplificación que consiste en repetir los semejantes. Se ha llegado a pensar que la naturaleza procede en sus creaciones simétricamente, lo cual es una falacia.

El arte del Extremo Oriente parece que hubiera tomado como modelo de belleza corpórea la mano del hombre... Por haberse inspirado en la mano para expresar la belleza de las formas humanas, el arte del Extremo Oriente es, de un modo franco y desconcertante para nosotros los occidentales, un arte asimétrico.

El escritor que dicta se deja dominar por la palabra y da la sensación del orador más bien que del artista literario. El que, no siendo orador, dicta sus escritos, en vez de pasarlos por el filtro sutil de la mano, pierde las bellas dotes del estilo, privado de esa intermediaria experta y desvelada que por cinco fasces de nervios distintas purifica la expresión, escoge el adjetivo propio y separa con ligereza y donaire el trigo de la cizaña.

Durante la historia de la civilización, el hombre ha tratado de impedir que la mujer desenvuelva armónicamente sus capacidades mentales.

Una mano suave expresa en una leve extensión o contracción de los músculos un poema de pasión contenida, profunda, ante la cual es frustránea en sus esfuerzos la elocuencia de las meras palabras.

Acaso sea necesario modificar la especie humana creando una nueva entidad estéril como en algunos órdenes de insectos.

La especie humana se destruye a sí misma por medio de guerras, poniendo en vigor altas tarifas proteccionistas o preparando en las lonjas grandes combinaciones destinadas a arruinar a probables competidores.

Probablemente un natural de Bruselas es tenido por provinciano en los salones galantes de París, y acaso un romano cause grave alarma por el tono de la voz y por la brillantez de los colores en los suntuosos palacios de Park Lane o de Belgravia en la capital de las Islas Británicas. Sin embargo, en estos aspavientos y muecas de protección no hay más que una exageración del punto de vista del provinciano... En nada es más perceptible el tufo de provincia que en la vida elegante de Londres.

Mientras más grandes son las capitales, más viciadas vienen a estar de localismo así en las costumbres como en el rumbo de las predilecciones intelectuales.

Una sangrienta revolución de esas que deshonran en el trópico a la especie humana, porque se llevan a cabo sin gases asfixiantes ni bombardeos aéreos de ciudades indefensas...

En América parece que no se ocupan los intelectuales más que en eso: en aumentar diariamente el acervo de nombres de autores extranjeros y de obras que tienen en la cabeza.

El Estado, institución predatoria, fundada especialmente para crecer y ensancharse a expensas de sus vecinos, y, faltando éstos, a expensas de sus mismos súbditos...

Hay... graves miserias, manifiestas amenazas contra la vida, la civilización y la felicidad del humano linaje que tienen carácter de instituciones necesarias y forman la base de muchos sistemas gubernativos. La organización militar prusiana es un ejemplo de la mayor excepción y elocuencia.

Hay (1917) una calamidad presente, convertida en sistema de vida internacional por el gobierno y los filósofos alemanes, por el militarismo de Francia, por las ambiciones navalistas de Estados Unidos y Gran Bretaña, contra la cual es preciso aunar las energías morales no contaminadas por las insinuaciones del odio.

El artritismo hace más víctimas que la avariosis y las atormenta con recursos más abundantes y sutiles; sin embargo, como el artritismo no procede del lecho, sino de la mesa, no de la galantería sino de la holganza, el mundo cristiano, el mundo hipócrita y fariseo, hace aspavientos ante el uno y deja pasar el otro inadvertido.

Cada pueblo sostiene una especie de Junta de Propaganda; a la cual se le encomienda la tergiversación de los hechos históricos para preparar los libros en que el maestro de primeras letras, y aun el catedrático de los colegios o liceos, ha de enseñarles a sus discípulos la historia patria.

Nietzsche quiso atender a la revisión de esas tablas de la ley moral transmitidas de generación en generación sin haber sufrido la prueba de un análisis extraño al ambiente donde habían sido creadas.

El teatro puro, el teatro ideal, es el del mimo, sin más elementos que la acción y el gesto.

Entre la prosa y el verso no hay diferencia esencial, sino meramente de grado. Es difícil señalar el punto en que una empieza y termina la otra.

El literato mortificado por la idea de que su «yo» se disuelve entre la obra monstruosamente crecida de sus contemporáneos y rivales, no grita como el niño: echa mano de la paradoja, atropella las reglas más universalmente aceptadas, funda una nueva escuela o arremete impávidamente contra

las reputaciones establecidas. Todas estas cosas son naturales e instintivas como el grito del niño, y necesarias y fecundas en bellos resultados por añadidura. Sin estos estertores del «yo» que se ahoga, la literatura se habría estancado hace mucho tiempo.

Las cosas que un mundo incomprensivo califica de frívolas, olvidando que la vida es el símbolo de frivolidad... Esa es la tragedia de nuestro efímero paso por la exis-

tencia; sabemos que la vida es frívola y hemos de vivirla como si no lo fuese.

Da gracias (William Henry Hudson) a la providencia de las naciones por no haber permitido que las comarcas rioplatenses cayeran en manos de Gran Bretaña... La vida en general habría perdido mucho de su encanto...

(Valoraciones, La Plata. Rep. Argentina).

Nicaragua

(A la juventud actual)

Lector, perdona mi importunidad: vientos nietzscheanos corren por mi alma, que es ánfora de doctrinas, de pureza, de amor supremo; y no de partidos, de quebrados y de desilusión.

NICARAGUA: Tienes alma, vasta como tus azules lagos, fecunda como la naturaleza maravillosa de tus selvas vírgenes; guardas en tus volcanes el prodigio de un fuego purificador; eres sublime como el panorama encantado de tus cielos. Tienes la potente mentalidad de tus hombres, el corazón de amantes y fieles mujeres y la lengua de notables oradores y poetas.

Pero si tienes el alma pura como tu santa insignia azul y blanca, en cambio, da tristeza contemplar tu cuerpo; en él hay algo de podredumbre. Tus políticos, con pocas excepciones, os han devorado como buitres las entrañas, y os han dejado infecta con gusanos; ¿qué han hecho? tragar... ¿Dónde está el progreso? no existe. País revuelto no puede progresar (y en río revuelto ganancia de pescadores; los políticos fueron los pescadores).

Juventud! vuestra obra es terminar con los partidos, para afianzar la nacionalidad; no os llenéis más la boca de venenos con nombres malditos de división y muerte, de localismos; que vuestra lengua proclame la reacción dominante, rediviva de las ideas. Las ideas centralizan, unifican, no dividen. Formad ya el músculo vigoroso que fortificará a la Patria: músculo de unión y autonomía, músculo de verdad y civilización, músculo de honor, músculo primero, músculo magno.

M. Z. P.

15 de setiembre de 1925.

Lo que necesita Nicaragua

- I.—Cruzada cultural.
- II.—Red de comunicaciones.
- III.—Gobierno nacionalista.

«Ser sincero es ser potente»
«Nicaragua está hecha de fulgor y de gloria,
Nicaragua está hecha para la libertad».

RUBÉN DARÍO

I

La humanidad en su movimiento evolutivo avanza, cuando logra desenvolver, intensificándolo, el problema primordial de toda so-

ciudad que desea perfeccionarse: la cultura.

El pueblo de Nicaragua es ardoroso, luchador e inteligente; arde con entusiasmo inaudito en las grandes causas de su vida cívica; lucha hasta el heroísmo por reivindicar sus derechos ciudadanos, arrebatados en ocasiones aciagas de la Patria, por los mantenedores de los intereses bajos: horas infames de las tiranías de adentro, de los nacionales; horas iguales o más infames de las tiranías de afuera, de los extranjeros: la intervención. Y es inteligente. Para demostrarlo, enunciemos algunos exponentes de su intelectualidad:

Miguel de Larreinaga, insigne diplomático.

Máximo Jerez, jurisconsulto y político.

Bruno H. Buitrago, jurisconsulto—hizo verdadera obra jurídica—Códigos e Institutas.

Tomás y Alfonso Ayón, jurisconsultos, admirables prosistas, historiadores.

Leocadio Juárez, médico de renombre.

Modesto Barrios, abogado, gran orador, escritor de nota.

José Madriz, diplomático, venerable patriota.

Enrique Guzmán, escritor, crítico.

Carlos Selva, polemista formidable.

Rubén Darío...!

Salomón de la Selva, poeta y prosista.

Santiago Argüello, orador, poeta, ha publicado varias obras de valor.

Luis H. Debayle, cirujano, escritor; ha presidido congresos científicos en las capitales europeas, y es miembro correspondiente de la Academia Médica de París.

Dámaso Rivas, obtuvo la cátedra de bacteriología con la oposición de 5,000 individuos en la famosa Universidad de Pensilvania, donde actualmente es profesor; es autor de un voluminoso texto de esa materia.

Alberto Gámez, sabio científico.

Miguel Ramírez Goyenaga, científico, escritor; ha publicado la *Flora Nicaragüense*, una aritmética razonada y otros libros.

José de la Cruz Mena, artista genial, compositor de música; sus obras: *Amores de Abraham*, *Ruinas*, *Margarita*, etc.

Luis Delgadillo, eminente pianista y compositor,

Y muchísimos más, lo demuestran con brillante elocuencia.

Pero alguien dirá: ¿cómo es posible que

un pueblo con grandes cualidades y con magníficos exponentes mentales se halle a menudo en una situación política desconcertante, en permanente crisis mortificadora a los espíritus netamente patriotas? Tan natural pregunta vamos a contestarla:

Esos hombres culminan en labores particulares y aisladas hasta donde les es posible, gracias a la pujanza interior de ellos y a favorables circunstancias que cada uno encontró; pero el ambiente, triste es decirlo no responde, no da todo lo que pudiera dar si hubiera cultura intensa, sana comprensión social.

¿Cómo, de otro modo, explicarnos aún, el caudillaje, el caciquismo: dónde hay hombres de la talla moral de Salvador Calderón Ramírez, Salvador Mendieta, Evaristo Carazo Hurtado y otros que honrarían la presidencia de cualquier república del globo? Hace falta, como se ve, la evolución progresiva de gran número de unidades ciudadanas, el desarrollo cultural; que luego vendrá la positiva colaboración o cooperación social para la única deseada feliz convivencia.

Esa labor de cultura que deseo fervientemente para Nicaragua podría ser secundada en diversos sentidos. Decimos secundada, porque *iniciada*, no sería exacto; pues creo que Nicaragua es la sección centroamericana donde la intelectualidad es más fecunda. Ya existe allí una cultura en embrión: tres universidades, cinco institutos de intermedia, un colegio pedagógico normal, dos colegios mercantiles, y cerca de ocho o diez centros educativos de importancia—particulares,—algunas bibliotecas, y numerosísimas escuelas primarias—nacionales y municipales,—colegio de señoritas, e instituciones de beneficencia...

Existe, según vemos, una cultura comenzada que necesita: organización, orientación, divulgación; ambiente propicio—de paz y trabajo—para su completo y cabal desarrollo. Y no, ese ambiente de ayer y de hoy, de politiquería vergonzante, escuela nefanda para toda juventud libre y creadora.

En forma sintética proponemos aquí un desarrollo cultural; advirtiéndolo antes, para mejor comprensión de nuestra tesis, que somos completamente idealistas en el sentido de que la idea es el móvil de todo cuanto existe, la idea es el germen de lo creado.

Imaginemos un vasto campo de acción, un horizonte ilimitado, un ambiente tolerante y libre, un laboratorio de ideales.

Y ahora! oh juventud nueva de Nicaragua, gloriosa porque no miráis el pasado, gloriosa porque tenéis en vuestras fuerzas graníticas la genial voluntad de construir el porvenir!, os propongo henchido de entusiasmo, grande por la fe, y fuerte por la esperanza, un plan cultural, sencillo para su acción.

- A.—Forma cultural subjetiva.
- B.—Forma cultural objetiva.
- C.—Forma cultural mixta.
- D.—Cultura física social.

A.—Forma cultural subjetiva

Lo subjetivo de este plan cultural tiene que comprender necesariamente: lo subjetivo en el individuo, en la familia, en la sociedad, en la patria; y en la patria no sólo lo interno, también lo de carácter internacional en el sentido humanitario, ético y cosmológico; es decir, la concepción ideológica que el sujeto—individuo, familia, etcétera,—desarrolle en los distintos radios de actividad espiritual.

La mejor forma para el desenvolvimiento de la cultura subjetiva, merece la atención de dos aspectos capitales.

1.º—Amplitud, sinceridad y preparación en el sujeto (exponente).

2.º—Análisis, razonamiento, serenidad (en el público).

Para orientar mejor el desarrollo ideológico conviene un escenario de unidades técnicas: el apostolado en la cátedra y el apostolado en la lucha por la vida (integridad ideológica e integridad de acción).

Consideramos a José Vasconcelos como el maestro que ha despertado en América las mejores inquietudes ideológicas, como en la India a Tagore.

Otros campos experimentales son: las cámaras, en ellas, se puede hacer campaña renovadora trascendental; la plaza pública, en las grandes ocasiones; la prensa, con la nota palpitante, el asunto del día local y mundial; el libro, desarrollo serio y concienzudo de un tema interesante; la revista, como tipo de divulgación cultural tenemos en América el excelente REPERTORIO AMERICANO, al que llamó en ocasión oportuna la dulce poetisa Gabriela Mistral: universidad popular. García Monge es un apóstol de la cultura hispanoamericana desde la dirección de esa ya prestigiosa universidad ambulante.

En las universidades y centros docentes las conferencias desarrollan en los cerebros que desean ilustrarse, gran dinamismo productor de radiante luz.

Un pueblo afanoso por la cultura subjetiva de su país, exigiría a los factores del mecanismo dirigente, en todas las actividades sociales: preparación y competencia. Y hoy día, que todo se orienta por el espíritu social de la época, debemos exigir: nobleza y comprensión en los dirigentes; cualidades superiores por la elevación constructiva que implican, y por lo mismo lejanas al ruín egoísmo que divide, abate y destruye a las sociedades en decadencia.

Resumamos: orientación de ideales, organización para llevarlos a cabo, voluntad firme para darles formidable empuje, ingenio para que el ideal se realice.

B.—Forma cultural objetiva

Ornato de la ciudad:—disposición de calles, habitaciones, plazas, alamedas, adornos estatuarios, monumentos, edificios públicos para oficinas, para la enseñanza, edificaciones y campos libres para juegos, parques, jardines.

Ornato rural:—habitaciones de labriegos, jardines, plazuelas, granjas, caminos.

Nota: El edificio de la casa de enseñanza no debe faltar donde haya *sociedad de hombres*, de proporcional magnificencia; desde el suntuoso edificio de la escuela normal o la universidad en la capital, hasta la humilde y sencilla escuela-granja de un caserío; pero primorosa en su sencillez por su estética.

C.—Forma cultural mixta

Instituciones de Beneficencia, bibliotecas públicas, museos, archivos, jardines zoológicos y botánicos, etc.

D.—Cultura física social

Gimnasios públicos locales (a cargo de los municipios). Asociaciones, con sus respectivos equipos, para juegos, caminatas sencillas, excursiones complicadas, paseos al campo, etc.

Al hacer la anterior división de la cultura en subjetiva, objetiva y mixta, nos movió un deseo de especialización para mayor claridad de las corrientes predominantes; pero bien sabemos que la idea sugiere materialidad, afán de construcción. Y que la materia, consecuencia de anteriores ideas, nos sugiere otras y otras nuevas ideas.

Resumamos: La idea busca plasmarse en la materia a fin de perpetuarse.

El paisaje, objetivo a simple vista, nos revela la materia prodigiosa en las variedades de forma y de color..., pero luego mirando el paisaje con atención, con espíritu artístico, ese paisaje tiene vida y nos sugiere más ideas...

Para el desenvolvimiento cultural de un pueblo, paso notable lo dan los gobiernos que envíen al exterior gran número de jóvenes aptos por sus inquietudes espirituales a la preparación del futuro, pues regresan, los jóvenes, renovados, consiguiéndose así, una verdadera cruzada cultural.

II

RED DE COMUNICACIONES VIABLES

Para que una república esté efectivamente cobijada por una misma bandera, para que todos los habitantes se sientan ciudadanos de una misma patria y tengan los mismos ideales de unificación, de intensidad, de avance civilizador, es necesario el conocimiento familiar, la comprensión mutua. ¿Cómo llegar varios pueblos a las íntimas relaciones si no es por una perfecta armonía en los entendimientos?

Además de la unificación en los ideales—lo cual sería la armonía ideológica en lo subjetivo—, se hace necesario, y para esa anterior consecución, el ensanche de una excelente red de comunicaciones: caminos de hierro y caminos de piedra laborada.

En Nicaragua debe ser precepto de todo gobierno dejar construido por lo menos un ramal de ferrocarril y 3 o 5 carreteras. Débese lo mismo, continuar la línea del Pacífico hasta la frontera de Honduras por el Norte, y hasta la frontera de Costa Rica por el Sur—con los ramales necesarios ♡

Matagalpa y otros importantísimos centros. También hacer el ferrocarril al Atlántico, esto es inminente, por ahí entraría una crecida inmigración europea que traería civilización, y mezclando la raza actual, se terminaría con el sedimento belicoso—propio de hordas primitivas y no de sociedades civilizadas, gran factor de nuestros males—. El turismo extranjero encantado en la naturaleza paradisiaca de Nicaragua: selvas aún vírgenes, lagos y lagunitas como rosarios de piedras preciosas, volcanes gigantes ya cantados por Víctor Hugo y Rubén Darío, como el Momotombo. El turismo regaría oro y oro por donde fuera pasando. Los nicaragüenses que viajaran a Europa, que salieran al Atlántico, economizarían los precios exagerados de la Pacific Mail, y evitarían sus contratiempos: anárquicos o eternos, caprichosos, por falta de competencia, por inutilidad de los gobiernos centroamericanos o latinoamericanos, que ya deberían tener una excelente línea de vapores haciendo el servicio de sus puertos capitales latinoamericanos: no vegetéis.

Las cabeceras de los departamentos deben ser comunicadas por ferrocarriles, dentro de un plan ferroviario que tenga por centro de entronque la capital. Y la ciudades y pueblos por carreteras.

El tren, el camión y el automóvil civilizando, he aquí una consigna para todo ministro de fomento.

Con facilidades de comunicaciones habría intercambio más íntimo en los ideales; el comercio y la agricultura tomarían un auge colosal, y Nicaragua hoy despoblada, y mañana poblada,—por la visión de la nueva juventud y la acción de sus verdaderos estadistas—obedecería a la ley del destino universal: ser un emporio de riqueza y civilización.

III

GOBIERNO NACIONALISTA

Como indica el adjetivo del título, las tendencias de este sistema de gobierno, no son exclusivistas, particulares o partidaristas. No, en él, se tiene en mira; *la integridad nacional, y la representación integral de la nación*; de hecho, de derecho y como función práctica.

Pongamos un caso. Hay en Nicaragua, por ejemplo, tres partidos: conservadores, liberales y progresistas—(hagamos uno, con los elementos sanos de los tres: el nacionalismo unitario, con un supremo idea como faro de redención, la Patria); supongamos que están en proporción de 1, 2 y 3.—Se hacen las elecciones para nombrar al presidente y al vice-presidente de la república; gana el partido conservador por el caso, el candidato nombra entonces ministros: conservadores, liberales y progresistas. Podrá hacer esta repartición: Ministerios de gobernación y policía, de guerra y marina, de instrucción pública, a conservadores; de hacienda, relaciones exteriores y fomento, culto y beneficencia, a liberales; de agricultura e industrias, a progresistas.

En las Cámaras del Congreso como las

minorías tienen representación, el nacionalismo ya es un hecho práctico.

El plan, como se comprende, es que en el poder ejecutivo, legislativo y judicial, tengan representación todos los partidos.

El sistema no es de exclusión, es integral; y de lo más democrático, desde luego, ya que tiene estas ventajas: neutraliza las tendencias exageradas, armonizando a la familia nacional. En resumen: *civiliza*.

Con este sistema el gobernante está siempre en libertad de llamar a la ocupación de un ministerio al hombre más apto y más honorable; así se cumple con uno de los intereses de los pueblos: buenos servidores.

Los partidarios o partidaristas, no tendrían entonces más funciones activas que las elecciones y la discusión de principios e ideas por la prensa y la tribuna pública. De lo anterior se podrá pensar: los partidos con programas políticos, desaparecerán y daremos lugar a los partidos personalistas. Yo respondo: es preferible un hombre que sea todo un programa, por su capacidad, su idealidad, y honradez y no un programa *sin hombre*; que es lo que acontece a menudo en los partidos.

En Nicaragua: partido liberal que dió una tiranía de 17 años y partido conservador que mantuvo la intervención norteamericana armada, bárbara y brutal, durante 15 años. ¿Para qué partidos así, que cuando han llegado al poder ha sido a sangrar los costados de la infortunada Patria?

Y conste, estos partidos dentro del orden de sus tendencias ya anticuadas, tuvieron buenos propósitos, limpios y sanos pensamientos; sin embargo, no tuvieron el suficiente número de hombres de ideales: porque los que habían no llegaron al poder, y si llegaron, por a, por b, por c, no hicieron nada. Un Evaristo Carazo, protector decidido de la Educación Pública, un Pedro Joaquín Chamorro, que inició el ferrocarril del Pacífico, un Dionisio Herrera, pacifista, y un José Madriz, immaculado, formaron la excepción. Con la excepción no hacemos buena regla; necesitamos hacer la regla como la excepción. Nicaragua escogerá: en el nacionalismo tiene a candidatos que la pueden salvar: Salvador Mendieta, Salvador Calderón Ramírez y Evaristo Carazo Hurtado, por de pronto.—De seguir Nicaragua con esa división enconada y primitiva, no tiene más que dos precipicios: la tiranía y la intervención. La primera infame y la segunda dos veces infame.—Los pueblos como los individuos se forman a sí mismos; el que espera algo de otro es un fracasado, o un accesorio a quien explota el principal o un parásito que morirá de inacción.

¡Oh Nicaragua, que tus hijos cuerdos y patriotas, vean el oriente!

Partidos, cómo?: con tendencias religiosas; eso es arcaico, lo político para lo civil, lo religioso para lo espiritual; juntos en el país respetándose mutuamente, pero no revueltos. Cada entidad por su camino y para sus fines. En este siglo la libertad de pensamiento y de culto es canón social.

Con tendencias económicas, culturales, *sociales*, renovadoras?—magnífico sería un partido con esas tendencias nuevas; pero ese no sería un partido; sería un ideal—nacionalista unitario—, preciso y formidable, de la nueva juventud; que llenándose de vida en los resplandores de la actual aurora, abandona los carcomidos escombros de la política del pasado.

MANUEL ZÚÑIGA PALLAIS

Enero 28 de 1926. San José.
Sección de Costa Rica,
América Central.

Bibliografía titular

LOS LIBROS RECIBIDOS EN LA SEMANA

Educación

Division of Intercourse and Education. Annual Report of the Director for the year 1925. Carnegie Endowment for International Peace. (Donación de la Carnegie E. for I. P.)

Textos

Lectura nacional (Primera serie). Edición de M. Gámez Monge. San José de Costa Rica, 1926.

Ciencia

PAUL C. STANLEY y SALVADOR CALDERÓN.—*Lista preliminar de las plantas de El Salvador*.—San Salvador. El Salvador.

Poesía

AIDA MORENO LAGOS.—*Dolidamente*. Poesmas. Prólogo de Raquel Sáenz. Montevideo, 1925. (Donación de la Autora).

Novela

DANIEL ARIAS ARGAEZ.—*Un pescador de perlas*.—Editorial Minerva.—Bogotá, 1925. (Donación del autor).

M. CIGES APARICIO.—*Circe y el poeta*. Novela. Editorial MUNDO LATINO.—Madrid. (Donación de la casa editora).

CÉSAR BRAÑAS.—*Sor Candelaria*. Leyenda lírica. Guatemala, 1924. (Donación del autor).

CÉSAR BRAÑAS.—*La divina patoja*. Guatemala, 1926. (Donación del autor).

Ensayos y Conferencias

TRISTÁN MAROF.—*El ingenuo continente americano*. Carta de Henri Barbusse y Epílogo de Amadeo Legua. Barcelona, 1926. (Donación del autor).

J. M. LÓPEZ-PICO.—*L'endemà de cada día*. Moralitats i Pretextos.—IV. Recull. 1923-1926. Publicaciones de «La Revista». Barcelona, 1926. (Donación de La Revista).

ALFONSO REYES.—*Simplex remarques sur le mexique*. París, 1926. (Donación del Autor).

ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ.—*Problemas mejicanos*. Madrid, 1925. (Donación del Autor)

JORGE MAÑACH.—*El Arte y la Literatura en Cuba*. La Habana, 1925. (Donación del Club Cubano de Bellas Artes).

Más referencias y extractos de estas obras, se darán en próximas ediciones.

Un libro de José Gabriel Navarro

LEGACIÓN DE CHILE

Madrid, 12 de Abril de 1926.

Señor don J. García Monge.

San José de Costa Rica.

Mi apreciado señor y amigo:

Su interesantísima Revista me viene siguiendo gentilmente a través de mi vida trashumante y y la leo con provecho y placer, pero ¿cómo manifestar a usted mi agradecimiento efectivo? He pensado, para no ser menos, en este sentido, que mi ilustre compatriota Gabriela Mistral, que lo mejor es hacerme colaborador—lo que mucho me honrará—del REPERTORIO AMERICANO, y, en efecto, le mando adjunto una carta, en la cual trato varias cosas de algún interés y que este mismo correo lleva manuscrita a José Gabriel Navarro, en Quito.

Si de algo le puedo ser aquí útil, mándeme como a viejo amigo y camarada.

Su afectísimo,

E. Rodríguez Mendoza.

Madrid, 5 de abril de 1926.

Señor don José Gabriel Navarro.

Quito.

Querido amigo:

Cuando en agosto del año pasado se encontraba el «Manuel Arnus» fondeado en las aguas que bajan adormecidas de la selva tropical, mi imaginación se escapaba a cada instante hacia la ciudad inolvidable—Quito—, y a pesar de las circunstancias penosísimas—la salud de mi mujer—, en que volvía a acercarme al Ecuador, mi pensamiento—el loco de la casa—, volaba a la capital de cielos castellanos; de portadas de piedra rozada y sobajada; de los hierros retorcidos y torturados en el yunque; de las mujeres que sólo una estética local, es decir, quiteña, podría definir bien y pintar mejor.

Las horas caniculares de Guayaquil se escurrían, pues, levemente ante ese panorama de recuerdos, todavía frescos.

Después de dos días de fondeadero en el río, seguimos a Panamá, donde hubimos de detenernos dos meses y, por fin—¡era tiempo!—continuamos viaje a esta España que en cada hispano-americano culto evoca todo un enorme pasado—herencia común para los españoles peninsulares y su germinante progenie del Nuevo Mundo.

A poco de haber entregado al Rey mis Cartas Credenciales, en el majestuoso alcázar de los que fueron antaño los formidables soberanos de la Metrópoli, un buen día—muy bueno—el cartero madrileño, que aquí es un tipo alegre, simpático, augural, como si nunca trajera malas noticias, sino un paquete de cosas gratas bajo el brazo, me pasó un libro. Vi los sellos del Ecuador y esto bastó para que en pleno Madrid, calle de Montalbán 11, y entré una multitud de cuadros, tapices, vargueños y antiguas lozas de Alcora y Talavera de la Reyna, empezara a esbozar de nuevo una acuarela quiteña, sin olvidar el «Panecillo», que parece, que yo creo que en realidad es, un cerrito florentino; ni las torres franciscanas, ni la reja aquella del pretil a través de la cual se apoltronan bajo el cielo radiante las anchas cúpulas ignacianas.

¡Un libro de José Gabriel Navarro!

No lo había olvidado a usted. ¡Qué esperanza!—como diría S. E. el señor Olivera, mostrando sus manos de obispo que cualquier día llega a Cardenal platense. No lo había olvidado. Palabra: es aquel señor alto, muy alto—un atado de nervios, como yo—, que solía comer con nosotros en *petit comité* y que, en vez de comer, hablaba como un enamorado—y lo es—, de las anti-güallas quiteñas; de las telas de Miguel de Santiago; de Goribal; de las tallas de Carpicara, aquel indio con manos de imaginero sevillano.

En cambio—pensaba yo, antes de recibir el libro tan deseado—Navarro, el erudito de la Academia Nacional de la Historia; el artista de las excursiones de arte con mi colega Olivera—el que se queda dormido cuando se van los amigos que lo quieren;—con Lolita Lasso, cuya cabeza rubia debía envolverse siempre en encajes isabelinos, y el periodista militante y machucador de *El Comercio*, me ha olvidado por completo. Pero no ha sido así y, a pesar de lo poco propenso que es mi temperamento, curtido y baqueteado por la vida, a emocionarse, leí con afectuosa sensibilidad su dedicataria, testimonio muy gentil de que usted realmente vió en aquel amigo de paso a un pobre ser errante que no olvidará fácilmente ni esa ciudad singular en que todo es pasionalmente amable, ni la forma, exteriorización de la vieja hidalguía ancestral, en que se le trató. Políticamente, sostendrá siempre que la amistad de mi país y el Ecuador es necesaria a la paz y al equilibrio del Continente; artísticamente a su vez, Quito es para mí una especie de Toledo hispano-americano, distancias guardadas, naturalmente, ya que no hay más que un Toledo en España y en la Tierra.

Huelga decir que su libro—al cual voy a hacer poner intencionalmente una pasta bien castellana—ha revivido nuestras charlas y nuestros paseos con usted, con Veloz, con Pacífico Chiriboga, con el susodicho colega de los quevedos apuntalados a cada instante con manos de obispo chocolatero y con tantos otros que recordaré siempre porque el buen recuerdo es algo grato y noble que hace la ilusión de rejuvenecer, volviendo hacia los remansos sedantes de la vida.

Mirado desde Madrid, descubro en Quito nuevos motivos de interés. Desde luego, manifiesta mucha nobleza el hecho innegable de que España levantara en sus dominios más lejanos, casi inaccesibles entonces, monumentos que en la misma península gloriosa serían un orgullo: San Francisco, la Compañía, etc. No desarmonizarían en medio de cualquiera de las grandes acumulaciones de pasado, espiritual y arquitectónico, dejadas por los siglos en este solemne solar en que arraigan en el suelo pedregoso

de Castilla todos o casi todos los árboles genealógicos de América.

El grueso de la producción artística española quedaba en la Península. Son, en efecto, muy raras en el Nuevo Mundo las telas de Morales, de Juan de Juanes, de Sánchez Coello, del Greco, de Velázquez, de Rivera, de Zurbarán, de Alonso Cano, de Murillo, de Goya, y no son menos escasas las telas de Juan de Juni, Gregorio Hernández, Cristóbal Velázquez, Montañez, José de Mora o Pedro de Mena. En cambio, se multiplicaban los templos, hoy espiritualizados por dos siglos de plegarias y oraciones; los templos y los campaniles en que yerbas y campanas parecen una viñeta estilizada por nuestro buen amigo León... Tras el adusto exterior barroco, los interiores ricos en penumbras de misterio y en maderas acuchilladas o intensamente recubiertas de oro.

En toda América, y principalmente en Quito, el único arte de entonces—el religioso—crecía y prosperaba dominando imperiosamente el ambiente. Reproduciábase, pues, en los sosegados dominios coloniales, de los cuales es Quito el arquetipo sudamericano, los mismos fenómenos de producción artística que por lógica inducción uno descubre aquí, en pleno solar materno, es decir en España; dominaba, abarcando el conjunto, el sentimiento religioso de esta raza arrogante y dominadora, que cuando botaba elegantemente la capa romántica, era para acariciar una mujer o para sacar con más desplante el espadón toledano.

Luego, el estado ideológico de allá, reflejo obligado del de acá, produce en el Nuevo Mundo artes semejantes. Superior éste, el de aquí: inferior aquél, el nuestro; pero hijos ambos de un mismo estado espiritual.

En efecto, en América se pintan muchísimas telas que en materia de imitación empiezan con los mismos primitivos para seguir con Morales, el divino, y llegar a Velázquez y Murillo, alternativa, desorientadamente imitados por Goribar y Miguel de Santiago que iban del uno al otro sin saber con cual quedarse.

Y luego, completando el arte colonial o indo-español, los tallados en madera de las sillerías de coro; la plata fina en cuyos labrados repliegues va instalándose levemente el polvo saturado de simbólicas humaredas de altar.

Todo eso, como técnica interpretativa y como sentimiento ideológico, es hijo legítimo de España, de la cual viene y a la cual vuelve con aportes de historia estética tan importantes como el libro con que ahora llega usted a enriquecer los escasos y magros historiales artísticos de nuestros países.

Lo que sobre arte, sobre todo pictórico, pasa en Quito, o sea, lo que es lo mismo, en la escuela quiteña, se reproduce en toda la América española y así como ustedes tienen al interesantísimo Miguel de Santiago, en Bogotá, y perdido entre las evanescencias coloniales, vaga Vázquez, golpeando la puerta claveteada de los conventos francis-

canos, dominicos o mercedarios. Va el pobre en demanda de algún pedazo de muro o del vano de algún retablo que llenar con las cándidas figuras de su paleta enamoradamente murillezca.

Y aquí una anotación que fija, aunque sea de paso, una idea: algo destruyó la Conquista de lo que en América encontró en materia de arquitectura, cerámica y telas teñidas con zumo de yerbas. Aportó, en cambio, con opulencia sin regateos, todo el modo de ser intelectual y material de la España de los siglos XVI, XVII y XVIII. Sólo así se explica la persistencia de su huella que ahonda en tierras de América, aferrándose a ellas.

Parece desprenderse de lo que usted dice, que «las artes locales y nacionales» podrían haber seguido subsistiendo simultáneamente al llegar al Nuevo Mundo una civilización—la europea—diametralmente diversa a la que hasta la Conquista había existido en América.

No creo eso. Pasó lo que tenía fatalmente que pasar porque cuando una civilización superior se ve momentáneamente aplastada por otra inferior, aquélla no tarda mucho en surgir de nuevo, tímidamente al principio, avanzando poco a poco hasta dominar por fin.

No pasa lo mismo, y este es el caso de la América, cuando lo ahogado o suprimido es material y espiritualmente inferior a lo que llega imperativamente a abrogarlo y reemplazarlo.

Por lo demás, los aportes que a lo occidental pudo llevar lo pre-histórico americano, no han desaparecido del todo. Existen, si señor, en el terreno mismo, como en el Cuzco silencioso; como en Tihuanacu de soledades sin más voz que el viento clamante; como en México, en fin, donde el arte, sobre todo pictórico, está refundiendo originalmente en lo actual lejanas reminiscencias autóctonas.

No veo bien, en resumen, cómo del elementalismo de lo pre-histórico americano, habría podido evolucionarse a la diferenciación o heterogeneidad, cada vez mayor, de una verdadera civilización.

Y aunque usted me acuse de pasarme de una cosa a otra,—lo que es tan frecuente en la vida y en todo—, permítame otra subrayación, hecha de prisa, es cierto; pero que cada vez será de una mayor actualidad intelectual. Me refiero esta vez a cosas de hoy y pienso que en lugar de echar de menos lo autóctono arquitectural, medio despedazado por los recios espadones de Cortés, Pizarro, Almagro, Valdivia o Belalcázar, debemos salir de una vez del asfixiante *cabaret* cosmopolita en que suena la musiquilla de la repetición fonográfica. Es muy interesante lo que en este sentido nobilísimo han hecho ya Carlos Pereyra, Blanco Fombona, Alcides Arguedas y varios más. Hay que seguir en ese camino que es el de la dignidad intelectual.

Nuestra enorme América, la cual, desaparecidas las diferencias de hoy, se irá

vinculando más y más entre sí, está totalmente formada de reflejos: reflejos políticos, jurídicos, literarios, pictóricos, escultóricos, arquitectónicos... La independizó un rebote de las guerras napoleónicas y empezó un siglo de imitaciones, desde las constituciones de acarreo o trasplante institucional, hasta el largo de las enaguas o el corte de los abanicos femeninos... Declaro por mi parte, que en este sentido me interesa más un monolito de Tihuanacu que la más diestra de las imitaciones de malabar.

Como reflejo directo de un ambiente propio, veo cada vez más grande el *Facundo*, de Sarmiento, argentino, las *Tradiciones*, de Ricardo Palma, peruano, o los *Recuerdos del Pasado*, de Pérez Rosales, chileno.

Yo quisiera que usted pudiera observar de cerca las sonrisas lacerantes o compasivas que en Europa caen sobre la copiosa bibliografía de la imitación latino-americana. Allá—*la bas*—decía Barres al llegar a uno de los extremos territoriales en que termina Europa, no hay más que imitaciones de nuestro Viejo Mundo.

Para sentirse bien americano—americano continental,—hay que vivir en Europa. Sólo entonces se arroja la casaca caricatural de la imitación, por diestra que sea ésta, y se mira hondamente a lo propio. Por mi parte, lo he intentado y quise hacer—sin conseguirlo, seguramente,—un símbolo de aquella época, honda y dura,—la Colonia,—que se fué dejando tanta raigambre atávica, que cayó políticamente; pero conservando intacto mucho de lo que ahora empieza a renovarse sobre la base del pasado.

En ese libro se intenta, además, la sustitución del personaje individual por tipos más genéricos y que intentaron ser algo así como los antecesores sociales del país de hoy: el mayorazgo, la santa, la pobre, el capellán.

Sobre la insustituible base española de la Conquista y la Colonia, las infiltraciones y fusiones sucesivas de la inmigración y los aportes heterogéneos de un siglo de acarreo a granel... ¿No hay en todo eso caracteres y peculiaridades aún no aprovechados?

Ustedes mismos que ya empiezan a transformar a Quito, espantando con lampazos de luz eléctrica las últimas penumbras coloniales ¿han hecho la obra de arte que refleje ese ambiente peculiarísimo en que las preocupaciones dominantes parecen ser, ante todo, las sentimentales, las políticas, las religiosas? Me dicen que sobre ese Quito, que el progreso y la urbanización moderna empiezan a borrar, hay algo de Gonzalo Zaldumbide, que desgraciadamente, no conozco. En cambio, usted acaba de darnos el Quito artístico de la Colonia.

Gracias por la obra y gracias por el envío, que de nuevo ha llevado mi sensibilidad hacia la ciudad cuyo cielo solía dibujar con las nubes enloquecidas del medio día figuras fugaces de Talavera o de Alcora.

Recuerdo cada cosa, cada detalle, cada humilladero de piedra en cuyas gradas esparcían las rosas conventuales sus colores

palpitantes y sensuales; cada Cristo adorado a dorado retablo plateresco; cada torre, blanca y rectangular, mostrando al aire sus campanas prendidas en lo alto del campanario como una nota musical trazada en el cielo amatista de la tarde; cada puerta claustral coronada por el místico «Ave María gratia plena».

Quito... No he de volver ¡pero cómo olvidar la gentileza con que ahí se nos trató! Admirador y amigo de su país y de Ud.

E. RODRÍGUEZ MENDOZA.

S/c: Montalbán 11.

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica.
De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias
y Educación, Misceláneas
y Documentos.

Publicado por

García-Monge

Apartado Letra X

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMÍA DE LA REVISTA

La entrega	¢ 0.50
El tomo (24 entregas)	12.00
El tomo (para el exterior)	\$ 3.00 oro am.

Avisos:

La pulgada cuadrada: 20 cts. oro la inserción
En el contrato semestral de Avisos se da un 5 % de descuento. En el anual, un 10 %.

Revista de Filosofía

CULTURA - CIENCIAS - EDUCACIÓN

Publicación bimestral dirigida por
JOSÉ INGENIEROS Y ANÍBAL PONCE

Aparece en volúmenes de 150 a 200 páginas.

Estudia problemas de cultura superior e ideas generales que excedan los límites de cada especialización científica.

Suscripción anual: 10 \$ moneda argentina
Exterior:» 5 \$ oro.

Redacción y Administración: BELGRANO 475
Buenos Aires

Revista Parlamentaria de Cuba

Publicación mensual

Política, Historia, Intereses Profesionales,

Cultura General y Defensa Nacionalista

Director: JOSÉ CONANGLA

Apartado 973 - Habana, Cuba.

Suscripción anual: ... \$ 6.00 oro.

Mercurio Peruano

Revista mensual de Ciencias
Sociales y Letras

Director: VÍCTOR ANDRÉS BELAUNDE

Número suelto Un SOL

Apartado N.º 176, Lima, Perú.